

social. Podrán ser tan buenos como se quiera la extensión de los derechos políticos, la reforma electoral y el sufragio universal, pero no pasan de medios para llegar á nuestro objeto, que es la distribución justa de las cargas y de los beneficios, la igualdad completa. Sin esta reorganización radical, todas las modificaciones de las formas de gobierno son simplemente mentiras y comedias para el beneficio de unos pocos ambiciosos.» Otro dijo: «Lo que queremos es igual suma de bienestar para todos; y el único gobierno que puede dar esto es el del pueblo para el pueblo, es decir, la república niveladora de fortunas y de clases.» Mas adelante formuló el joven Luis Blanc la cuestión social en su «Organización del Trabajo» en estos términos, que sellaron la alianza entre el socialismo y el partido republicano: «Si ha de mejorar la situación de las clases bajas, de los obreros, es indispensable que tengan influencia política para poder lograr sus pretensiones.» Esto hizo ver claro á las masas, que desde entonces se hicieron republicanas, no por amor á la forma y teoría republicanas sino «porque el pueblo y los trabajadores útiles, á fuer de productores de todo, tienen también el derecho exclusivo sobre todo, y porque la república es el medio para transferir á los que trabajan y nada poseen, los bienes de los que poseen y no trabajan.»

Este dogma demoleedor de toda la civilización existente no dominaba solamente las imaginaciones de los fanáticos ignorantes que le tenían como única panacea eficaz contra todos los males, sino que también inspiraba á inteligencias superiores que todavía iban más lejos, como refiere Jorge Sand (1) de Everard (Michel de Bourges), que paseando con ella y varios otros amigos una noche á orillas del Sena y hablando del porvenir de Francia, exclamó: «¡La civilización! esta es la gran palabra de los artistas, ¡la civilización! Yo os digo que para rejuvenecer y renovar esta sociedad corrompida es menester que este río vaya rojo de sangre, que este palacio maldito sea reducido á cenizas y que esta vasta ciudad que absorbe vuestras miradas sea un yermo desnudo que la familia del proletario surque con su arado y donde levante su choza.»

La idea de la igualdad democrática nacida en 1789 había resucitado con la revolución de 1830 y amenazaba absorber la de la libertad constitucional; pero ni el gobierno ni la clase dominante conocían el peligro que les amenazaba en su propia casa. La monarquía de julio, en su afán de contentar á la clase media, rompió los antiguos lazos que desde tiempo inmemorial existían entre el trono y el pueblo bajo, abriendo entre ambos un abismo semejante al que existía antes entre la nobleza y la masa del pueblo. La clase media por su parte, á imitación de la nobleza, adoptó el carácter exclusivista, altanero, frío é insensible de aquella, complaciéndose en ignorar las alegrías, las penas, las miserias y todo el mundo de ideas de la clase baja y proletaria, como si no formase parte de la nación, no obstante que cabalmente esta clase era la columna principal que sostenía á la pequeña minoría, compuesta de residuos de la antigua sociedad feudal, de las eminencias del parlamento, del ejército y administración del imperio, de la gran industria y del comercio, de la literatura, de la ciencia y de las artes.

Talleyrand, el último hombre de Estado profesional de la vieja escuela, «el hombre de los once perjuros», había muerto en 1838, y los parisienses, siempre chistosos y mordaces, le inventaron este epitafio, porque á instancias de su sobrina había recibido los sacramentos de la Iglesia antes de morir: «Después de haber engañado á su rey, al emperador y á todo el mundo, ha engañado por último al mismo diablo.» Desde

(1) *Histoire de ma vie*, tomo XII, pág. 94.

entonces se fueron vulgarizando rápidamente el cargo de ministro y la alta política; el catedrático, el abogado, el literato y el periodista se creían aptos y aun destinados para regir la nave del Estado; el periodismo, sobre todo, parecía ser la escuela preparatoria para todos los empleos públicos, y de él sacó efectivamente Luis Felipe sus mejores consejeros. «La profesión de periodista comprende todas las otras», dijo Jorge Sand, hablando de Girardin (2). Con esto nació la epidemia de la empleomanía, todos los ambiciosos se hacían periodistas y se mezclaban en política para conseguir un empleo, no para servir á su país sino para vivir á sus expensas, colocar á los amigos y conseguir así poder, honores é influencia. El egoísmo individual se sobrepuso al amor patrio, y el mismo gobierno, al disponer de los puestos de la administración pública, no preguntaba por la aptitud del candidato sino por su opinión é influencia política. El general Bugeaud escribió ya en 1835 respecto de esta nueva epidemia (3): «La empleomanía y el egoísmo dirigen casi todas nuestras acciones, presiden á la elección de los diputados, forman la oposición y refuerzan la mayoría. ¡Lástima de cuarenta años de declamaciones contra la corrupción de las cortes de los reyes para llegar á extender esta misma corrupción á todo el cuerpo social! Antes estaba circunscrita, como una epizootia; ahora lo invade todo, como el cólera.»

La consecuencia de valerse el gobierno de esta palanca para sus fines, fué el aumento de gastos desde 960 millones de francos á 1,260 millones, y que á pesar de los 18 años de paz transcurridos, desde 1830 se cerrara cada ejercicio con un déficit, lo cual engendró en la masa de la población la creencia de que el gobierno no era más que un comercio beneficioso para unos cuantos privilegiados y abominable para todo buen ciudadano.

A esto había conducido la libertad que la nación francesa se felicitó de haber conquistado cuando hubo realizado la revolución de 1830, á un fantasma llamado poder tras el cual corrían todos los partidos como locos, y todo un político como Royer-Collard hubo de confesar (4) en 1837 que ni el gobierno ni el orden social estaban asegurados, y que al primer impulso adverso podían desmoronarse, aunque por lo pronto nadie se presentaba para darlo.

CAPITULO III

LA POLÍTICA EXTERIOR DE LAS GRANDES POTENCIAS

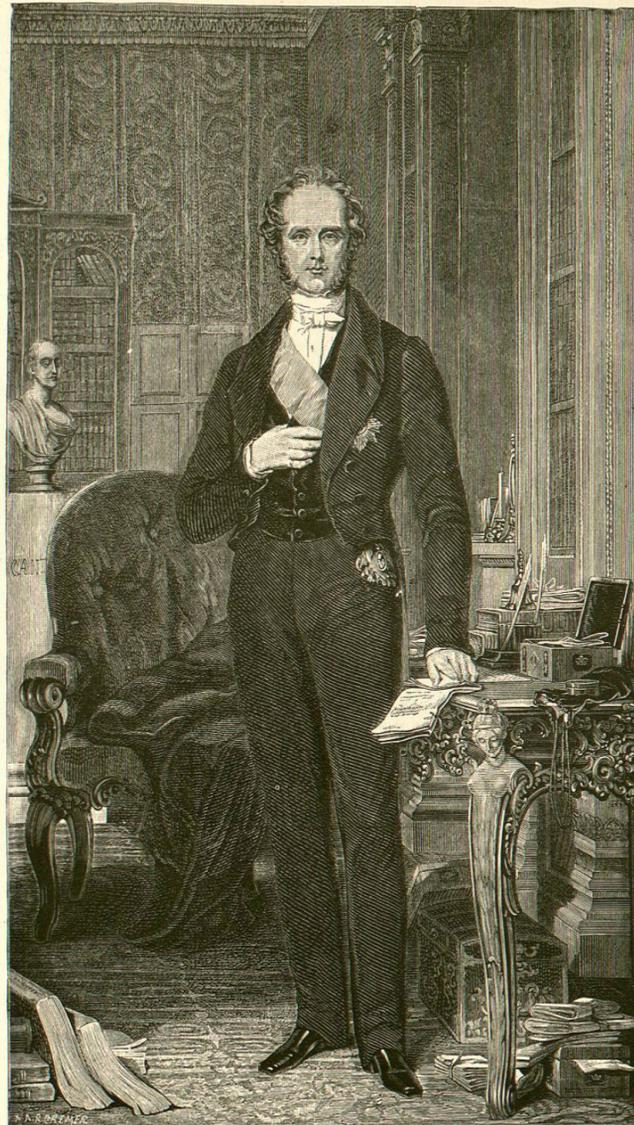
La península ibérica

La revolución francesa de 1830 y las conmociones consiguientes dividieron á las cinco grandes potencias y sus respectivas protegidas en dos bandos, el absolutista y el moderno liberal y constitucional. A la cabeza del primero estaban Rusia, el Austria y la Prusia, y á la del segundo Francia é Inglaterra. La diferencia era radical, porque se basaba sobre principios opuestos, pero esto no fué obstáculo á que se hicieran varias tentativas diplomáticas, principalmente por Luis Felipe y el emperador Nicolás de Rusia, para llegar á una inteligencia, siquiera parcial. Luis Felipe ardía en deseos de ser aceptado por los soberanos absolutos legítimos como uno de los suyos, lo cual no habría disgustado al mismo Metternich, no obstante su odio á la monarquía de julio, si con esto hubiera ganado una aliada como Francia contra la Prusia, cuya paulatina rehabilitación y separación del yugo ruso y austriaco le ponía de mal humor. Los esfuerzos que

(2) *Histoire de ma vie*, tomo XIII, pág. 69.

(3) Ideville, *Le maréchal Bugeaud*, tomo I, pág. 391.

(4) Véase su carta del 28 de setiembre de 1837 á Tocqueville en las *Œuvres de Tocqueville*, tomo VII, pág. 158.



Lord Palmerston

hizo para facilitar esta aproximacion se estrellaron en la incommensurable soberbia del czar, que no le permitió tratar á Luis Felipe, rey de Francia por la voluntad nacional, como igual suyo. Por eso desde la revolucion de julio evitó con toda intencion mencionar la persona del rey en sus conversaciones con el embajador francés, hasta que el ministro Broglie, en 1833, cansado de tanta comedia pueril, declaró rotundamente al embajador ruso en Paris, el conde Pozzo di Borgo, que su gobierno habia dado al nuevo embajador francés cerca del czar, el mariscal Maison, la orden de regresar á Paris despues de la primera audiencia, y con un pretexto trasparente para que se conociera el motivo, si el czar continuaba en su estudiado y ridículo empeño. Esto produjo el efecto deseado, pero no mejoró un ápice la relacion entre los dos gobiernos. Por otra parte Metternich con sus intrigas diplomáticas impidió la aproximacion de la Rusia á la Inglaterra, que tanto convenia al czar á causa de su situacion en Oriente.

Fuera de esto, las potencias del Norte obedecian todas al impulso de conservacion de su poder absoluto, procurando defender unidas los principios que habian fijado en el congreso de Troppau y continuar en cuanto las circunstancias y divergencias de intereses lo permitian, la Santa Alianza, que tan lastimada habia dejado el ministerio Canning. Sucedió, sin embargo, que Palmerston, ministro de Negocios extranjeros desde 1830, se mostró digno discípulo de Canning, y cuanto mas trabajaron las potencias del Norte en favor del absolutismo, mas trabajó él tambien para oponerles, sino una liga, siquiera una resistencia uniforme y compacta de los países constitucionales. Para esto era menester conservar buenas relaciones con Francia, sin ceder á la incorregible é insaciable tendencia de esta nacion y de su gobierno al engrandecimiento territorial, y ya vimos con qué maestría é inexorable firmeza supo conducirse en el asunto de la Bélgica. Era ante todo inglés, como lo fueron Pitt y Canning; el interés de la honra y del poderío de su patria superaba en él á toda otra consideracion, y este amor patrio le hizo traspasar alguna vez los límites de la prudencia diplomática, haciéndole rudo é imperioso á menudo en perjuicio del objeto que se proponia. Su máxima política era: «No ceder ni la cabeza de un alfiler si su conservacion conviene y puede conseguirse, y hasta en el caso extremo de que no haya probabilidad de conservarla, no renunciarse á ella sin acumular toda clase de obstáculos y aparentar siempre que antes de renunciar se está dispuesto á arrostrar la guerra.» Por lo demás, y en medio de los asuntos mas graves, era jovial y de fácil palabra, todo lo cual le dió en su país una popularidad extraordinaria mientras su política firme é inexorable le atrajo el odio mas feroz de sus adversarios en el extranjero, especialmente de los absolutistas, cuya saña excitó mas que nunca con la cuádruple alianza, que firmó principalmente en defensa de los intereses y principios constitucionales, el 22 de abril de 1834, con los gobiernos de España, Portugal y Francia.

Desde la constitucion del nuevo reino de Bélgica, la reduccion á la obediencia de la Polonia y de la Italia y el restablecimiento del orden en Alemania, fijóse la atencion de las grandes potencias en los sucesos de España y Portugal y en la llamada cuestion de Oriente.

Como siete años antes, empezó el movimiento en la península ibérica en Portugal. Don Pedro, primer emperador del Brasil, habia abdicado, cediendo al creciente descontento de los brasileños, en 7 de abril de 1831, á favor de su hijo, el actual emperador Pedro II, que entonces no contaba mas que seis años; y libre ya de cuidados por aquel lado se dirigió á Europa para expulsar de Portugal al usurpador y feroz

déspota Miguel, hermano suyo, y volver á sentar en el trono á su hija María de la Gloria. Por la complacencia del gobierno francés, presidido entonces por Perier, recobró la escuadra portuguesa, que continuaba detenida en un puerto francés; con la neutralidad mas que benévola del gabinete inglés, de que era el alma Palmerston, y por último con doce mil hombres que habia reunido en la isla Tercera, á donde se habia refugiado su hija, pudo en el mes de julio de 1832 apoderarse, sin disparar un tiro, de Oporto, ciudad liberal. En el interior del país sostúvose el ejército del usurpador mandado por el mariscal francés Bourmont y otros legitimistas, pero el almirante de don Pedro, el inglés Carlos Napier, alcanzó sobre la escuadra miguelista una victoria tan completa cerca del cabo de San Vicente, en 5 de julio de 1833, que la reina María de la Gloria pudo pasar de las Azores á su capital en el mes de setiembre y sentarse en el trono, donde recibió, á falta de otras, las felicitaciones de los embajadores de Inglaterra y Francia y de los portugueses liberales. Pronto quedó reducido Miguel á la única plaza de Santarem, donde se mantuvo hasta que la guerra civil española que estalló á la muerte de Fernando VII, por un motivo análogo, le dió nuevas esperanzas de recuperar el trono.

Fernando VII, cediendo á las instancias de su cuarta esposa, María Cristina de Nápoles, habia anulado el 29 de marzo de 1830 la pragmática de sucesion de Felipe V del año 1713 y restablecido la antigua ley de Castilla, conforme habia ya pensado hacerlo Carlos IV en 1789, ley que admitia la sucesion de las mujeres. Fernando hizo esta innovacion sin avisar siquiera de ella á su hermano, heredero legítimo del trono, cuyo asentimiento era por lo mismo indispensable. En 10 de octubre de 1830 dió á luz la reina María Cristina una hija, suceso que bastó naturalmente para que el infante Carlos y sus muchos privados y parciales, que esperaban ricos empleos y sinecuras á la muerte de Fernando, hicieran todos los esfuerzos imaginables para restablecer la ley de sucesion masculina (1). Cuando en 1832 cayó gravemente enfermo el rey, aterrorizado ante la próxima muerte dejóse intimidar y revocó la pragmática-sancion; pero habiéndose aliviado, anuló en 31 de diciembre la revocacion, nombró regente á su esposa mientras durase su enfermedad y ordenó á la infanta portuguesa, esposa de Carlos y enemiga mortal de María Cristina, que saliera de España y pasara á su país, á donde la siguió su esposo el infante don Carlos, sin esperar la orden de expatriacion. Murió Fernando VII el 29 de setiembre de 1833, y poco habria costado entonces al heredero legítimo (2) anular la pragmática-sancion de su hermano y sentarse en el trono si hubiese sido menos estúpido y mas enérgico; pero se contentó con negarse á prestar juramento á su sobrina Isabel y con protestar contra el juramento que las cortes la prestaron. Sus partidarios y en primera línea el clero, fueron mas activos, y en casi todas las provincias organizaron levantamientos y bandas de insurgentes, siendo la mas temible (3) la de Castilla la Vieja, acaudillada por el cura Merino, que habia sido ya en la guerra de la independencia uno de los jefes mas terribles para los franceses. Estas sublevaciones, sin embargo, hechas sin orden ni direccion general, fueron sofocadas por los generales de la reina, Sarsfield, Quesada y Llauder. No se disimuló por esto la sagaz

(1) Lo cual prueba que sabian la variacion; y en efecto, en 1831 reunió cortes Fernando VII á la antigua usanza, las cuales juraron como princesa heredera á la primogénita Isabel. (N. del T.)

(2) En esto de la legitimidad de don Carlos habria mucho que decir, pues la pragmática de Fernando VII restableciendo el antiguo derecho de Castilla era, por lo menos, tan legal como la de Felipe V, que por sí y ante sí lo habia anulado. (N. del T.)

(3) La mas temible no fué, pero fué la mas numerosa. (N. del T.)

regente y reina madre que á la larga perdería su hija, y que para hacer frente á las huestes carlistas no había otro remedio eficaz sino atraerse á los hombres liberales, y en su consecuencia, encargó á Martínez de la Rosa la presidencia del ministerio y en 10 de abril de 1834 publicó el *Estatuto real*, que establecía un parlamento con dos cámaras, bien que con censos muy elevados para ser elector y elegible, y con el derecho incondicional de discutir y autorizar los presupuestos. Con esto se declaró el nuevo gobierno francamente constitucional. Siguiendo el consejo de lord Palmerston entendiéndose Martínez de la Rosa con don Pedro de Portugal para operar de comun acuerdo y con el auxilio inglés contra el usurpador portugués don Miguel, y el resultado fué un tratado entre España, Portugal é Inglaterra para la expulsión de la península de los pretendientes Carlos y Miguel, tratado que se firmó en Londres en 15 de abril de 1834 con una cláusula para la admisión de la Francia en el mismo, la cual efectivamente ingresó pocos días despues, el 22 de abril.

Palmerston no cupo en sí de alegría cuando este *golpe capital* le hubo salido á medida de su deseo, golpe que como el de la constitucion de la Bélgica era una derrota inmensa para los gabinetes absolutistas. «Hemos ganado en Portugal,—escribió,—y ahora conviene que en España se adopten medidas liberales, quiere decir que la influencia de Inglaterra y Francia ha de suplantar allí la de las tres potencias (absolutistas del Norte).» Luis Felipe se apresuró á hacer ver á estas últimas que el tratado y la ingerencia de Inglaterra y Francia en las cosas de Portugal y de España eran únicamente inspirados por deseos de orden y de paz; pero esto no pudo aplacar su resentimiento feroz, y le mostraron sin tardanza no reconociendo á la reina Isabel y llamando á sus embajadores en Madrid, con lo cual quedó tambien mas pronunciada que nunca la divergencia entre el Occidente y el centro, Norte y Este de Europa. La cuádruple alianza era una manifestacion clarísima y decisiva de Francia é Inglaterra en favor de los principios liberales y del progreso político del mundo, que desde entonces quedó reconocido y apoyado como un hecho ineludible y poderoso á despecho de todas las tendencias contrarias.

No tardó con tan potente apoyo en resolverse la situacion de Portugal; un ejército español mandado por el general Rodil derrotó y dispersó las fuerzas miguelistas cerca de Thomar, el 15 de mayo, y viendo don Miguel la inutilidad de nuevos esfuerzos repunió al trono de Portugal á cambio de una pension anual, y se fijó en Alemania, donde murió el 14 de noviembre de 1866 en el castillo de Henbach, perteneciente á la familia de su esposa y situado cerca de Miltenberg, en Baviera. La joven reina de Portugal, proclamada tal en 1833, encargóse del gobierno al año siguiente, despues de haber sido declarada de mayor edad, y se casó con el hermano de su madrastra, el príncipe Augusto de Leuchtenberg, y habiendo muerto este á los tres meses, en 28 de marzo de 1835, María de la Gloria contrajo segundas nupcias en 9 de abril de 1836 con el príncipe Fernando de Sajonia-Coburgo. Este casamiento fué obra del médico Stockmar, consejero íntimo del nuevo rey de Bélgica Leopoldo I y de toda la familia de Sajonia-Coburgo.

Don Carlos, el pretendiente español, declarado rebelde por la regente de España, se puso bajo la proteccion del almirante inglés, que le envió á Inglaterra, donde se le dejó en libertad sin hacerle renunciar previamente á sus pretensiones al trono de España, descuido de Palmerston que pagó la España con siete años de guerra civil (1).

(1) Este descuido de Palmerston no tuvo influencia alguna en la guerra. Los carlistas la hubieran sostenido aunque don Carlos hubiese

El Estatuto real otorgado por María Cristina, aunque mas adecuado á las necesidades de la nacion española que la constitucion de 1812, no fué suficiente para curar de repente la decadencia económica que se habia apoderado de España y habia tomado proporciones espantosas desde 1823, ni tampoco para cortar la desmoralizacion é ignorancia de la nacion, la cual en tantos años de reaccion feroz habia perdido millares de hijos, casi todos los que representaban la inteligencia del país, y que habian pasado á la fuerza ó voluntariamente al extranjero, especialmente á Francia, donde en diez años de ostracismo conocieron con la civilizacion moderna las utopias y manejos de los liberales exaltados. Cuando bajo el nuevo gobierno regresaron á su país, miraron el Estatuto otorgado por la reina madre con sumo desprecio y aumentaron así el partido de la oposicion liberal y de los adoradores ciegos y petrificados de la constitucion del año 1812. Desgraciadamente no estaba María Cristina á la altura de su mision política; en vida de su esposo se la acusó de despilfarradora y causa de que la corte costara á la nacion cuádruple cantidad de la fijada por la ley (2), y siendo regente dió que hablar con sus relaciones con el guardia de corps Muñoz, que despues fué su esposo y duque de Rianzares. Con esta conducta quitó al trono su puntal mas fuerte, el respeto que impone la moralidad (3). Por otro lado, enfrío cruelmente la alegría causada á la nacion con la convocacion de las cortes la exposicion del tristísimo estado de la hacienda; los presupuestos arrojaron un déficit de 325 millones de reales; un empréstito de 2,919 millones fué hecho en 1823 á un tipo tan usurario que no habian resultado mas que 739 millones efectivos, mientras el tesoro pagaba los intereses de 2,919. A esto se agregaron la necesidad imperiosa de hacer un nuevo empréstito de 400 millones, el estado completamente ruinoso de la marina de guerra y la insurreccion de las provincias Vascongadas, centro del movimiento carlista. Este era el cuadro desconsolador que las cortes desarrollaron ante el país y que hacia la sublevacion carlista mucho mas terrible que en circunstancias usuales y ordenadas.

Las provincias Vascongadas y Navarra eran enemigas del gobierno liberal no tanto por fanatismo religioso como por temor de perder sus antiguos fueros, consistentes en la exencion de muchos impuestos, de estancos, quintas y aduanas. Las bandas insurrectas que allí se lanzaron al campo fueron derrotadas por lo general en todos los encuentros que tuvieron con las tropas liberales, ó sea las del gobierno, pero finalmente encontraron en Zumalacárregui un jefe que las hizo terribles. Este hombre, que ya se habia distinguido en la guerra de la independencia, pero que por su rectitud y carácter elevado no habia prosperado en tiempo de Fernando VII (4), organizó las bandas de su país militarmente, les inspiró verdadero entusiasmo y encontró en el joven Cabrera, que operaba en Aragon, un excelente auxiliar para infligir á las fuerzas del gobierno grandes pérdidas. Al propio tiempo reapareció en Castilla la Vieja el incansable cura Merino, y cuando el pretendiente se presentó súbitamente en las provincias del Norte tomó la guerra civil un carácter peligrosísimo. El 27 de octubre Zumalacárregui destruyó el cuerpo del general Doyle en la llanura de Vitoria, y con excepcion

renunciado á sus pretensiones, como lo han probado sucesos posteriores. (N. del T.)

(2) No habia entonces ley que fijara la dotacion del rey. El tesoro de la nacion era el real tesoro. (N. del T.)

(3) María Cristina se casó secretamente en 1834, de manera que sus relaciones con Muñoz fueron legítimas y no inmorales. Pero el secreto perjudicó á su reputacion mientras no se divulgó. (N. del T.)

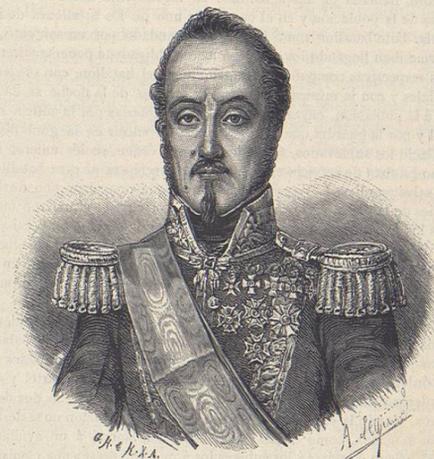
(4) Sin embargo, era coronel al pasarse á la faccion. (N. del T.)

de algunas plazas fuertes, cayó todo el país hasta el Ebro en poder de los carlistas. Zumalacárregui quiso marchar, á la cabeza de 28,000 soldados vascos y navarros que le eran ciegamente adictos, sobre Madrid; pero el estúpido pretendiente, dominado por su camarilla, mas estúpida todavía, le ordenó dirigirse sobre Bilbao (1). Entonces habia tomado ya la guerra un carácter ferocísimo; ambos bandos mataban los prisioneros, hasta que el inglés Eliot, enviado por su gobierno, consiguió con su mediacion prudente que se firmara por ambas partes, en 28 de abril de 1835, un convenio que aseguraba la vida á los prisioneros. El gobierno, luchando con carlistas por un lado y con los liberales exaltados por otro, estaba tan débil que en enero de 1835 tuvo que permitir á un batallon amotinado libre salida de Madrid con todos los honores militares. Habia perdido la esperanza de dominar la sublevacion carlista, no obstante el artículo adicional al tratado de la cuádruple alianza firmado en Londres el 18 de abril de 1834, por el cual el gobierno francés se obligó á impedir todo auxilio que los carlistas pudiesen recibir de Francia, y el inglés á facilitar á la regenta material de guerra y en caso necesario el apoyo de los buques de su escuadra. En su tribulacion el ministerio presidido por Martínez de la Rosa solicitó el auxilio armado de las dos potencias aliadas, pero sin resultado, porque el gabinete inglés no queria intervenir con las armas ni menos permitir que un ejército penetrara, en ningun caso, en España, y todavía menos entonces cuando sospechaba planes anexionistas en Luis Felipe. Por otra parte, las simpatías del monarca de julio estaban con el pretendiente, que á haberse mostrado un poco menos torpe habria podido contar con el apoyo abierto y decidido del rey de Francia, que creia poder conseguir con esto la deseada amistad de las potencias absolutistas. Por la misma razon Luis Felipe rehuyó todo compromiso de auxilio material eficaz, y únicamente cedió á la regenta la legion extranjera de Argelia. El gobierno inglés permitió al de Madrid el enganche de una legion inglesa; á todo lo cual contestó el pretendiente que los prisioneros que los suyos hicieran de estas legiones extranjeras no gozarian de las ventajas estipuladas en el convenio de Eliot, es decir, que no se les respetaria la vida.

En esta situacion, en 25 de junio ocurrió la muerte de Zumalacárregui á consecuencia de una herida recibida el dia 15 del mismo mes de 1835 en el sitio de Bilbao. Esta pérdida irreparable para los carlistas paralizó sus progresos, pero desgraciadamente no estaba el gobierno moderado de Madrid en situacion de aprovechar debidamente esta y las otras ventajas mencionadas, porque si bien el general Córdoba alcanzó, el 16 de julio, una señalada victoria sobre los carlistas cerca de Mendigorria, no eran suficientes sus fuerzas para enseñorearse de la insurreccion en todo el país vasco, que estaba completamente desordenado. En Madrid arrojóse el pueblo sobre los conventos y sus moradores, saqueando los primeros y matando á los segundos que cayeron en su poder, mientras los liberales moderados y exaltados se hacian una guerra feroz ante el peligro inminente de caer unos y otros en manos de sus enemigos comunes los carlistas, de los cuales no podian esperar perdon. Cayó el ministerio moderado para ser reemplazado por otro progresista, presidido por Mendizábal, el cual utilizó la invasion de los conventos para suprimirlos todos y declararlos con sus bienes propiedad nacional, á fin de proporcionar con su venta recursos al tesoro vacío. Este cambio de política dió mas preponderancia á la influencia inglesa quedando derrotada la francesa.

(1) Para marchar sobre Madrid necesitaba Zumalacárregui caballería, que no tenia, y otra clase de auxiliares mas que los vasco-navarros, que ni querian ni acertaban á pelear fuera de sus montañas. (N. del T.)

El gabinete inglés, cansado ya del doble juego de Luis Felipe, prescindió del gobierno francés y procedió independientemente, de modo que la cuádruple alianza corrió gran peligro de ser reemplazada por una combinacion nueva, acaso mas radical. En efecto, la guerra carlista empezaba á hacer de España la arena donde al parecer habian de librar batalla decisiva los principios liberal y absolutista. Al ejército carlista acudian legitimistas y aventureros de todas partes; Metternich, que por temor á Inglaterra y Francia no se atrevia á apoyar y reconocer públicamente al pretendiente como adalid del principio monárquico legitimista, auxilió secretamente á don Carlos con dinero y armas é influyó en el ánimo del emperador Nicolás para que le señalara una subvencion considerable y le facilitara, junto con el Austria, la negociacion de un empréstito. Thiers, entonces ministro,



Espartero.
Copia de una litografía hecha por A. Legrand

disgustado del Austria, aprovechó la súplica de auxilio del gobierno de Madrid para desahogar su despecho y mostrar á las potencias del Norte su fuerza. Supo arrancar á Luis Felipe la autorizacion para reforzar la legion extranjera, al servicio del gobierno de Madrid, y para situar un cuerpo de 10,000 hombres en la frontera de España; pero entonces echaron á perder tan buenas disposiciones nuevas noticias de este país que hicieron retirar al gobierno francés sus promesas de auxilio, lo cual le costó á España tres años mas de guerra civil. El caso fué que además de haber estallado en Andalucía una nueva insurreccion, en la noche del 13 de agosto penetró una turba de soldados de la guardia del palacio de la Granja en el dormitorio de la regente, y despues de haberla hecho firmar á la fuerza la promesa de promulgar la constitucion de 1812, la habian llevado prisionera á Madrid, donde el pueblo amotinado habia asesinado villanamente al valiente general Quesada y derribado el ministerio Isturiz (2).

(2) Estas palabras son una serie de groseras inexactitudes que el autor toma, sin duda, de los periódicos extranjeros de la época, y que debemos rectificar.

Estando en el poder, y con mayoría en las cortes, el ministerio Mendizábal, la reina doña María Cristina, ó espontáneamente ó aconsejada por influencia extraña, cambió el gabinete eligiéndole entre la minoría de las cortes y nombrando presidente del consejo á Isturiz, lo cual significaba un cambio de política en sentido menos liberal. A esta medida, á principios del verano de 1836 contestaron algunas ciudades importantes, entre ellas Granada y Zaragoza, proclamando la constitucion de 1812. Cuando los carlistas proclamaban el absolutismo teocrático, era natu-